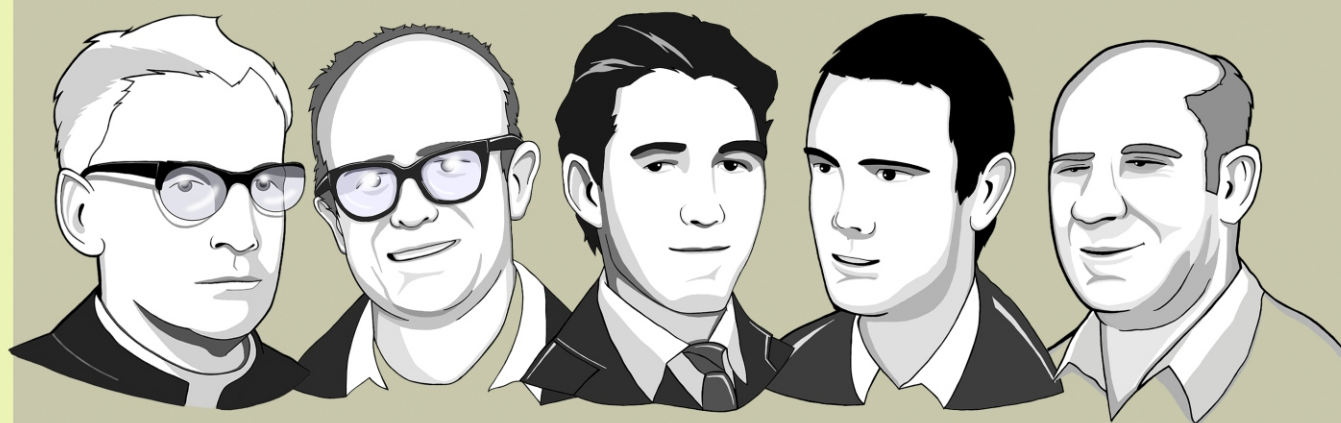


Homilías

Misas del 04, 05 y 06 de julio



50 años de la entrega testimonial
de nuestros cinco hermanos palotinos

Sábado 04 de julio, Iglesia San Patricio - Belgrano

Homilía de Mons. Jorge García Cuerva Arzobispo de Buenos Aires



En medio del desorden reinante en su habitación después del crimen, se encontró la última homilía del padre Pedro Dufau escrita para la misa de la mañana de aquel trágico 4 de julio de 1976. Allí decía: *Si Dios permanentemente habla en la historia de los pueblos y de cada hombre, no es menos cierto que todos sabemos encontrar la forma de no escucharlo.*¹

Y en este aniversario que nos estruja el alma, la liturgia, que nunca es casual, nos regala estas palabras de Jesús en el Evangelio de Mateo: «*Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré*». (Mt 11, 28). Y las queremos escuchar, y las queremos reflexionar, y las queremos rezar, y las queremos vivir.

En 1976 el agobio era el miedo, la persecución, el silencio impuesto. Los palotinos estaban agobiados, sí, pero no por el desánimo, sino por el peso del dolor de su gente, y entonces, eligieron no mirar para otro lado; decidieron cargar con las aflicciones de una Argentina que se desangraba.

Su "delito" fue pregonar el Evangelio a destiempo, defender la vida y la dignidad humana. La alfombra roja manchada de sangre nos recuerda el costo de esa fidelidad. Cinco vidas, tres sacerdotes y dos seminaristas, que esa noche de julio vieron "interrumpida" su entrega por el odio y la violencia ciega. Y no fue la muerte de individuos aislados; fue el testimonio de una comunidad, de una fraternidad que incomodó al poder de turno porque vivía el Evangelio sin anestesia. Siempre recordaremos las palabras del entonces cardenal Bergoglio: *"juntos vivieron y juntos murieron"*.²

Medio siglo de una herida que sigue doliendo en el cuerpo de nuestra Iglesia y en el corazón del barrio de Belgrano. No queremos hacer un frío ejercicio de memoria histórica, sino hacer memoria viva, porque cincuenta años después, el agobio a veces se disfraza de impunidad, de olvido, o de una sociedad que parece haber perdido la capacidad de conmoverse ante el sufrimiento del otro. Justamente el Papa León XIV dice: *en un mundo donde los pobres son cada vez más numerosos, paradójicamente, también vemos crecer algunas élites de ricos, que viven en una burbuja muy confortable y lujosa, casi en otro mundo respecto a la gente común. Eso significa que todavía persiste, a veces bien enmascarada, una cultura que descarta a los demás sin advertirlo siquiera y tolera con indiferencia que millones de personas mueran de hambre o sobrevivan en condiciones indignas del ser humano.*³

1 DUFAU, Pedro, *Última homilía, en Testigos de la fe en Cristo con la palabra y con la sangre*, Buenos Aires 2023

2 BERGOGLIO, Jorge, *Homilía*, Buenos Aires 2001.

3 LEÓN XIV, *Exhortación apostólica Dilexit te* 11, Ciudad del Vaticano 2025

Luego, Jesús en el evangelio nos dice: *Y yo los aliviaré* (Mt 11, 28)

Los cinco palotinos entendieron que el verdadero alivio no era la indiferencia de quien se encierra a ver la realidad por los medios de comunicación; porque el alivio que promete Jesús se experimenta cuando, aún cansados, entregamos la vida por una causa más grande que nosotros mismos. Alfredo Leaden, Pedro Duffau, Alfredo Kelly, Salvador Barbeito y Emilio Barletti encontraron su alivio en los brazos del Padre, siendo testigos de la paz y la justicia, coherentes en la entrega hasta el final.

Y nosotros, ¿dónde buscamos el alivio?, ¿dónde buscamos alivio a nuestros propios agobios? ¿acaso en la grieta que nos separa, juntándonos sólo con quienes nos confirman en lo que creemos y nos aseguran en nuestras ideas? o tal vez, ¿en el individualismo que nos aísla y nos serena artificialmente frente al clamor de los que sufren?

La sangre de los cinco testigos de la fe nos grita que el único alivio fecundo nace de la reconciliación fundada en la verdad y la justicia. No hay descanso para una sociedad si no sana las heridas del pasado con la mirada de Dios. No nos podemos quedar de brazos cruzados llorando el pasado. Que el dolor se transforme en profecía porque su testimonio muestra que el bien no progresa de manera automática, sino que requiere perseverancia, memoria y una conversión que hace capaces de recomenzar incluso después de las derrotas.⁴

Y en la primera lectura de la misa de hoy, Dios, a través del profeta Zacarías, nos vuelve a hablar y nos anuncia: *¡Alégrate mucho, hija de Sión! ¡Grita de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu Rey viene hacia ti; él es justo y victorioso, es humilde y está montado sobre un asno.* (Zac 9, 9) ¡Qué paradoja! En un mundo obsesionado con la guerra, con el poder del más fuerte, con imponer las ideas a través del miedo y las armas, Dios nos presenta a un Rey desarmado. El versículo 10 es tajante: *Él suprimirá los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será quebrado, y proclamará la paz a las naciones.* (Zac 9, 10).

Los padres Alfredo, Pedro, Alfi, y los jóvenes seminaristas Salvador y Emilio, entendieron perfectamente esta profecía; no creían en el mesianismo de las armas, de la violencia o de la opresión. Ellos creían en el Rey que se presenta humilde. Su única arma fue el Evangelio; su trinchera fue la parroquia, el barrio, el confesionario, el altar y la cercanía con los más pobres.

Y vuelvo sobre la última homilía del padre Dufau, aquella que nunca se dijo, pero que hoy resuena entre nosotros; hacia el final dice: "No seamos sordos a la Palabra de Dios. No imitemos la conducta de aquellos a los que les agrada escuchar una palabra que se amolde a su modo de pensar y a su forma de ser, una palabra que no los comprometa para nada."⁵ La Palabra que hoy escuchamos nos compromete, nos interpela, nos ilumina; también nuestro agobio quiere ser el de nuestro pueblo, el agobio de la falta de trabajo, la aflicción de la pobreza, el dolor de los enfermos, la soledad de nuestros

⁴ LEÓN XIV, *Carta encíclica Magnifica humanitas* 125, Ciudad del Vaticano 2026

⁵ Cfr DUFAU, Pedro, Op Cit

el sufrimiento de quienes están a la intemperie en las calles de la ciudad; no queremos ser indiferentes, no queremos que nos gane la crueldad y el individualismo.

Como estos cinco testigos de la fe, a quienes hoy recordamos, queremos comprometernos en la construcción de un país más justo y más fraterno. Y como nos dice la primera lectura, lo queremos hacer por los caminos de la paz y la no violencia; siguiendo los pasos de Cristo, anunciando la Buena Noticia del Reino de Dios, porque como dijo el querido y recordado Papa Francisco: la Iglesia necesita que todos seamos profetas, es decir, hombres de esperanza, siempre directos, capaces de decir al pueblo palabras fuertes cuando hay que decirlas y de llorar juntos si es necesario.⁶

Hoy lloramos juntos, pero como la sangre derramada hace cincuenta años, nuestras lágrimas quieren ser fecundas, y regar el suelo de una Nación que sigue clamando justicia.

Monseñor Jorge Ignacio García Cuerva
Arzobispo de Buenos Aires
4 de julio 2026

Domingo 05 de julio, Centro de Espiritualidad Palotina - Nuñez

Homilía del P. Zenon Hannan, SAC

Rector general de la Sociedad del Apostolado Católico



Queridos hermanos y hermanas:

Nos reunimos hoy en esta iglesia de la Comunidad Palotina, recientemente puesta bajo la protección de San Vicente Pallotti junto a San Bonifacio. Es una iglesia que tiene una larga historia con la comunidad de habla alemana de Buenos Aires y que, desde hace once años, es sede de la Región Argentina, del Centro de Espiritualidad Palotina y del Instituto Pallotti de lengua española. Les agradezco el trabajo realizado en el cultivo de la espiritualidad y del carisma heredados de nuestro fundador, San Vicente Pallotti. Doy gracias a la Divina Providencia por poder celebrar aquí la Eucaristía, en la ciudad de Buenos Aires, donde se consumó el martirio de cinco hermanos palotinos en la parroquia de San Patricio, en Belgrano. Este año se cumplen exactamente cincuenta años de aquellos acontecimientos. Agradezco a todos los que prepararon las celebraciones de este aniversario y a todos los participantes. Expreso una gratitud especial a los testigos de aquellos momentos dolorosos y dramáticos, que hoy custodian su memoria y velan por la verdad histórica.

Hoy nos reunimos para celebrar la Eucaristía, que es la memoria viva de Jesucristo y el constante recuerdo de su vida, y sobre todo de su muerte en la cruz y de su resurrección. Es imposible imaginar el cristianismo sin la Eucaristía, nacida durante la Última Cena en el Cenáculo. Tampoco puede comprenderse sin la «fracción del pan», que, después de la resurrección, permaneció entre los discípulos como cumplimiento del mandato del Señor: «Hagan esto en memoria mía». Fue precisamente entonces cuando a los discípulos de Emaús se les abrieron los ojos; reconocieron al Resucitado y comprendieron las Escrituras. Los discípulos de Jesús celebraban la «fracción del pan» no para reabrir heridas ni buscar culpables, sino para descubrir la fuerza del perdón, de la reconciliación y de una vida nueva. La Eucaristía se convirtió en el «banquete de la Vida Nueva», que no es solamente una «cancelación de la deuda», sino la apertura de un futuro nuevo. El ser humano es sanado del miedo paralizante al mañana y al juicio de Dios.

En la historia del martirio de nuestros cinco hermanos, la Eucaristía desempeña un papel fundamental. Es un hecho profundamente significativo y simbólico que hayan muerto en la noche del sábado al domingo, el 4 de julio de 1976. La verdad sobre su muerte salió a la luz el domingo por la mañana, cuando los fieles llegaron a la iglesia para la celebración de la Santa Misa y, con asombro, la encontraron cerrada. La Misa no pudo celebrarse como estaba previsto, porque los sacerdotes habían sido asesinados en el corazón de la noche.

Los testigos confirman que sobre el escritorio del P. Pedro Dufau había una hoja con la homilía dominical ya preparada, que no llegó a pronunciar. Las balas mortales atravesaron su cuerpo. Aquella homilía hablaba de la Palabra de Dios, que posee una fuerza profética y llama a la conversión. Permítanme citar un fragmento durante la liturgia de hoy:

«Si leemos atentamente el Antiguo Testamento, veremos que los enviados que Dios mandó a su pueblo fueron escuchados muy pocas veces; en otros casos fueron expulsados o asesinados, y el mensaje de Dios fue sustituido por alguna teoría que parecía más fácil y más tolerable... Otra razón por la que nos resistimos a la Palabra de Dios es que no queremos cambiar nuestra vida. Cada uno tiene su carácter, su manera de ser, ciertos defectos —porque nadie es perfecto—, y nos resulta difícil emprender la lucha cotidiana por mejorar y cambiar. Y es precisamente aquí donde la Palabra de Dios pone el dedo en la llaga, porque es, casi por definición, una palabra que llama a la conversión. Si el hombre no tuviera nada que cambiar, los profetas no serían necesarios. Sin embargo, desde el momento en que el profeta condena el pecado del hombre y de las naciones, su misión se vuelve difícil y desagradable. Y el medio utilizado desde siempre para no tener siquiera la ocasión de escucharlos ha sido apartarlos del camino, encarcelarlos o matarlos».

Queridos hermanos y hermanas, las palabras escritas por el padre Pedro adquieren para nosotros un significado especial. Se convierten en una especie de testamento y en una invitación a reflexionar profundamente sobre la fuerza de la Palabra de Dios.

En este contexto vale la pena recordar otro hecho. En Roma, en la Isla Tiberina, se encuentra la Basílica de San Bartolomé (Santuario de los Nuevos Mártires de los siglos XX y XXI). Este templo está confiado al cuidado de la Comunidad de Sant'Egidio, conocida por su compromiso con la paz en el mundo. El 2 de febrero de 2018, durante la oración vespertina de esta comunidad, fueron entregados a la basílica el cáliz y la patena que nuestros hermanos habían utilizado repetidamente para celebrar el Santo Sacrificio. Estas reliquias fueron colocadas sobre el altar dedicado a los mártires de América. La oración fue presidida por Mons. Oscar Vicente Ojea, obispo de San Isidro y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, en presencia del vicepresidente, Mons. Marcelo Colombo, obispo de La Rioja.

También hoy, en el quincuagésimo aniversario de aquellos acontecimientos, celebramos la Eucaristía que nuestros hermanos no pudieron comenzar entonces. Unimos la memoria de su vida y de su muerte a la memoria de Jesucristo, que nos reveló el amor infinito y la misericordia del Padre. Los recordamos en el contexto de la Santa Misa, que es la gran invitación de Dios dirigida a toda persona: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré».

La Eucaristía, en la que compartimos el pan y la Palabra de Dios, es una escuela de vida. En ella aprendemos —como dice el pasaje de hoy de la Primera Carta de San Pedro— a adorar al Señor Jesucristo en nuestros corazones, estando siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros a todo el que nos la pida.

Es también el lugar donde fortalecemos nuestra fe en el cumplimiento de las promesas de Dios. El profeta Zacarías habla poéticamente de la promesa de una paz que no se establece por la fuerza, con drones mortíferos o misiles balísticos guiados por inteligencia artificial. La paz de Dios nace de la transformación de los corazones humanos y de la humildad. El profeta escribe: «Mira, tu rey viene hacia ti. Él es justo y victorioso, humilde, montado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna. Hará desaparecer los carros de Efraín y los caballos de Jerusalén; el arco de guerra será quebrado; anunciará la paz a las naciones, y su dominio se extenderá de mar a mar».

Al mismo tiempo, la Eucaristía es el ámbito del que extraemos las fuerzas espirituales para las luchas cotidianas «por mejorar y cambiar», de las que escribía el P. Pedro. San Pedro Apóstol, testigo privilegiado de la vida, muerte y resurrección del Señor, escribía hace dos mil años a los primeros cristianos: «Y si tuvieran que sufrir por causa de la justicia, ¡dichosos ustedes! No tengan miedo ni se turben; al contrario... Respondan siempre con mansedumbre y respeto, con una conciencia recta, para que, cuando hablen mal de ustedes, queden avergonzados los que calumnian su buena conducta en Cristo. Porque es mejor sufrir haciendo el bien, si esa es la voluntad de Dios, que haciendo el mal».

Queridos hermanos y hermanas:

La Eucaristía celebrada en este lugar sagrado y con ocasión del cincuentenario de la masacre de nuestros cinco hermanos conmueve nuestros corazones y nuestras mentes, invitándonos a una profunda reflexión. La liturgia que quedó inconclusa hace medio siglo puede convertirse para algunos de nosotros en una invitación a descubrir la vocación sacerdotal, cuya misión es anunciar los misterios de Dios e invitar a todos a la mesa del Señor. El miedo, el sufrimiento y la fe de nuestros cinco hermanos pueden convertirse para otros en la fuente para descubrir los valores más importantes y el verdadero sentido de la vida humana.

Recientemente el papa León publicó la encíclica sobre la espléndida dignidad del ser humano «Magnifica Humanitas». En ella encontramos palabras que pueden constituir una perfecta síntesis de nuestras reflexiones de hoy:

«La espiritualidad que necesitamos es una espiritualidad eucarística, es decir, una espiritualidad de comunión eclesial en el amor. La Encarnación y la Resurrección revelan a un Dios que entra en nuestra condición humana y la transforma en un don de sí mismo. Ese don permanece presente y eficaz en la Eucaristía, en la que el Señor se ofrece a sí mismo y reúne a la Iglesia, para que su sacrificio sea principio de unidad y fuente de vida nueva».

Oremos hoy, en un nuevo aniversario del martirio de cinco hermanos palotinos, para que una espiritualidad eucarística penetre en nuestra vida humana y la transforme en un don de sí misma. Que el sacrificio de Jesucristo y el nuestro, como sus discípulos, se convierta en principio y fuente de vida nueva, de perdón y de paz para la humanidad herida.

Lunes 06 de julio, Iglesia San Patricio - Mercedes

Homilía de Mons. Jorge E. Scheinig

Arzobispo de Mercedes - Luján



Queridos hermanos y hermanas:

La Iglesia nunca hace memoria para quedar detenida en el pasado. Hace memoria porque cree que Dios sigue actuando en la historia; porque sabe que allí donde el ser humano sembró muerte, Dios puede hacer brotar vida. Por eso hoy estamos aquí. Hoy recordamos los cincuenta años del asesinato de los padres Alfredo Leaden, Pedro Eduardo Duffau y Alfredo José Kelly, y de los seminaristas Salvador Barbeito Doval y Emilio José Barletti. Cinco vidas entregadas. Cinco hermanos nuestros. Cinco discípulos de Jesús.

A los veinticinco años de su martirio, el cardenal Bergoglio dijo de ellos: «Juntos vivieron, juntos murieron». Hoy, cincuenta años después, podemos añadir con convicción el lema que nos reúne e identifica: «Hoy son Luz y Vida». Necesitamos hacer memoria al estilo de Jesús. Dios contempla la historia descubriendo las semillas de vida que, aun en medio de las noches más oscuras, siguen germinando con fuerza. Y, porque la vida siempre es más fuerte que la muerte, hoy nos reunimos para celebrar la esperanza.

El Evangelio que acabamos de escuchar es de una belleza extraordinaria. Jesús va caminando; no corre, no tiene prisa. Se dirige al encuentro de una familia que llora la muerte de su niña. ¡La muerte injusta, esa tremenda experiencia humana! En el camino aparece una mujer que lleva doce años padeciendo una enfermedad que la había convertido, para la sociedad de su tiempo, en una muerta en vida. Dos historias distintas. Dos sufrimientos inmensos. Dos personas que, para muchos, ya no tenían esperanza.

Pero Jesús se detiene. Mira. Escucha. Toca. Se deja tocar. Y devuelve la vida. Así es Dios. Nunca pasa de largo ante el sufrimiento humano. Nunca se acostumbra al dolor de su pueblo ni permanece indiferente frente a sus heridas y muertes. Nunca bendice la violencia ni legitima el odio. Siempre se acerca para levantar, sanar y devolver la esperanza.

La masacre de los hermanos palotinos quiso sembrar el miedo. Quiso imponer el silencio. Quiso hacer creer que la violencia y la muerte tendrían la última palabra. Ellos, en cambio, eligieron quedarse junto a la gente. Compartieron la vida del pueblo. Anunciaron el Evangelio. Mantuvieron abiertas las puertas de la comunidad. Escucharon. Acompañaron. Sirvieron. Recuerdo que, hablando de Alfredo Kelly, el cardenal Bergoglio me dijo una vez: «Era un místico, un hombre de una espiritualidad exquisita».

Sus vidas siguen hablándonos hoy, porque el testimonio nunca muere. Los testigos continúan predicando mucho después de haber partido. Su sangre derramada no fue estéril.

En el último capítulo de Fratelli Tutti, el papa Francisco nos recuerda una verdad que necesitamos escuchar una y otra vez: no hay futuro sin memoria. Un pueblo que pierde la memoria termina perdiendo también el rumbo.

Pero la memoria cristiana no es una carga de resentimientos. Es una memoria que, respetando el dolor y los tiempos, abre caminos de reconciliación. Una memoria que busca la verdad, reclama justicia y, sin renunciar a ninguna de ellas, se atreve a perdonar, sin dejar de ninguna manera de llamar al mal por su nombre.

La memoria cristiana siempre abre caminos, nunca los clausura, porque tiene la forma de la Pascua. Recordamos una cruz porque creemos en la Resurrección. Recordamos a quienes fueron asesinados porque creemos que el amor de Dios es más fuerte que la muerte.

Por eso hoy no hacemos memoria solamente de aquellos crímenes. Recordamos vidas entregadas. Recordamos sacerdotes y seminaristas que eligieron seguir a Jesús, servir a la Iglesia y amar profundamente a su pueblo.

Permítanme hacerles una invitación muy sencilla. Preguntémonos: ¿quiénes son hoy los testigos que nuestros jóvenes necesitan encontrar?

El mundo ya no espera grandes discursos ni palabras brillantes. Espera hombres y mujeres cuya vida confirme lo que anuncian. Espera comunidades donde se pueda experimentar que Dios es bueno. Espera sacerdotes cercanos, consagrados alegres, laicos comprometidos, familias capaces de perdonar y jóvenes que no renuncien a soñar. En una palabra, el mundo necesita testigos.

La palabra testimonio, que en griego se expresa con el término *martyria*, posee una fuerza singular para los cristianos. El testigo no es simplemente quien habla de Jesús, sino quien deja transparentar a Jesús en su modo de vivir. Por eso el verdadero testimonio no nace del heroísmo humano, sino de la amistad con Cristo.

Cuando una comunidad vive el Evangelio con sencillez; cuando sirve a los pobres; cuando busca sinceramente la verdad; cuando trabaja por la reconciliación; cuando se niega a responder al odio con más odio, allí el Evangelio se hace visible y el testimonio se vuelve creíble.

El testimonio es el primer anuncio. El testimonio sigue siendo el primer anuncio y el más creíble. Antes que nuestros discursos, el mundo necesita contemplar vidas transformadas por el Evangelio.

Hace pocas semanas, el papa León nos recordó que la humanidad solo recupera plenamente su grandeza cuando reconoce que toda persona posee una dignidad inviolable, recibida de Dios y nunca concedida por el poder, la fuerza o el éxito. Esa dignidad reclama ser cuidada, defendida y promovida, especialmente allí donde la violencia intenta negarla. Por eso la fraternidad, en medio de un individualismo cada vez más lacerante, no es una idea abstracta, sino una tarea cotidiana hecha de gestos concretos, de cercanía, de verdad y de servicio.

¡Cuánto bien hace a nuestra Argentina el testimonio de estos cinco mártires, de estos cinco testigos del amor! Porque todos corremos el riesgo de acostumbrarnos a la descalificación, a la violencia verbal y al desprecio de quien piensa distinto.

Los mártires palotinos nos desafían a hacer carne el Evangelio. También nosotros necesitamos que Jesús entre en nuestra casa, como entró en la casa de aquella niña. Hay heridas personales, familiares, eclesiales y sociales que todavía esperan su presencia sanadora. Cuánta falta nos hace escuchar nuevamente su palabra: «No tengan miedo», y dejar que siga despertando la vida allí donde tantos se resignan a anunciar solamente muerte.

Quizá el milagro más grande que hoy necesitamos no sea únicamente que resucite una niña o que sane una mujer. Quizá el milagro que más necesitamos sea que resuciten nuestros vínculos; que sane nuestra convivencia; que sane nuestra Iglesia, que acaba de desangrarse en un sisma por la ceguera ideológica de unos pocos; que sane nuestra patria, para que renazca la confianza, volvamos a escucharnos y aprendamos de nuevo a tratarnos bien unos a otros.

Los mártires no buscaron morir, buscaron vivir el Evangelio. Y cuando alguien vive el Evangelio de verdad, toda su existencia se convierte en un testimonio.

Eso vale para un obispo y para un sacerdote; para una religiosa y para una catequista; para una madre, un abuelo o un joven.

Todos estamos llamados a dejar una huella.

Dentro de otros cincuenta años, alguien hará memoria de nuestra generación. Y entonces será inevitable la pregunta: ¿qué dirán de nosotros? ¿Dirán que supimos amarnos? ¿Que cuidamos de los más pobres? ¿Que construimos puentes en lugar de levantar muros? ¿Que sembramos esperanza? En definitiva, ¿podrán decir que vivimos el Evangelio con la misma autenticidad y coherencia que estos hermanos nuestros?

El lema que quedó escrito con la sangre de aquellos años recoge una antigua expresión de Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos». Es, en el fondo, un eco del Evangelio que acabamos de proclamar. Allí donde parece imponerse la muerte, Dios hace germinar una vida nueva.

Hace cincuenta años, los cuerpos de Alfredo, Pedro, Alfredo Kelly, Salvador y Emilio atravesaron esta iglesia camino al cementerio. A los ojos de muchos, aquello era una despedida. Hoy comprendemos que, en realidad, era una siembra. Porque así obra Dios: allí donde el ser humano entierra una vida, Él hace germinar esperanza.

Que ellos intercedan por nuestra Iglesia, por nuestra Patria y por cada uno de nosotros. Que sigan alentando a nuestras comunidades a vivir el seguimiento de Jesús con fidelidad, humildad y valentía.

Pidámosle al Señor, en esta Eucaristía, la gracia de ser una Iglesia sencilla, cercana y misionera; una Iglesia que nunca tenga miedo de anunciar a Jesucristo y que, como aquellos cinco hermanos, crea con firmeza que el amor es más fuerte que el odio, que la verdad es más fuerte que la mentira y que la vida terminará venciendo para siempre a la muerte.

Que María, Madre de las Mercedes y de Luján, Madre de Esperanza, nos tome de la mano y nos conduzca hasta Jesús, que tomó de la mano a aquella niña para devolverle la vida, y nos ayude a levantarnos cada día para seguir siendo testigos fieles del Evangelio.

Y cuando llegue también para nosotros la hora del encuentro definitivo con el Señor, Dios quiera que con la misma sencillez con que hoy recordamos a estos hermanos nuestros, pueda decirse de nuestra generación: vivieron el Evangelio.

+ Jorge Eduardo Scheinig
Arzobispo de Mercedes-Luján



INSTITUTO PALLOTTI
ARGENTINA

